



PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO
**SIMÓN
BOLÍVAR**

Discurso del jurado, edición 47, 2022

Héctor Abad Faciolince

Presidente del jurado

Señoras y señores:

1

Hace ya mucho tiempo, en el siglo pasado, o mejor dicho, en el milenio pasado, me gané un premio de periodismo Simón Bolívar por un artículo de opinión. Yo era joven y las novelas que había escrito no las leía casi nadie; era bastante conocido en mi casa y ni siquiera allá tenía buena fama. El premio me lo dieron, creo, por escribir con libertad en una revista que intentaba dejar de ser frívola, *Cromos*, y la alegría que sentí al recibir ese premio fue inmensa. Saltaba de la dicha. Me dieron plata, además, mucha más de la que me ganaba en varios meses de trabajo diario. Hasta ese premio feliz, los artículos no me habían traído más que problemas: estando en el colegio me suspendieron por uno que publiqué en un periodiquito mimeografiado que hacíamos tres quinceañeros de tercero de bachillerato. En la universidad me expulsaron, creo que con razón, por otro que se llamaba “La metida de Papa”. En *Cromos* un locutor radial al que le dije “machista” me demandó por injuria y calumnia. Pero al fin, con aquel Premio Simón Bolívar me di cuenta de que escribir columnas de opinión podía no ser siempre sufrimiento, castigos y juzgados, sino también felicidad. Supongo que algunos de los premiados hoy, sobre todo los más jóvenes, tendrán un sentimiento parecido. No sé si me crean, pero les aseguro que en vez de estar diciendo este discurso, yo preferiría mil veces tener treinta años menos y estar en su lugar. En la vida es mejor recibir premios que entregarlos, porque quienes los reciben están de entrada, y nosotros, en cambio, ya vamos de salida.

[Perdonen esta evocación personal. Ahora vengo al discurso de verdad, que no escribí yo solo, sino que ha sido hecho con la esclarecida ayuda de mis queridos compañeros del jurado: un rector, una decana, una lingüista, dos directores de medios, un fotógrafo de ojo agudo, casi todos ellos profesores. Más que escribirlo yo, ellos me encomendaron que les leyera esto que preparamos a siete manos:]

No es fácil abarcar lo que ocurre cada año en mil doscientos kilómetros cuadrados de territorio. Resulta muy difícil cubrir lo más importante que les pasa a más de cincuenta millones de personas. Ya sólo registrar las desesperadas caravanas de migrantes que se adentran en una sola de nuestras fronteras, la del Darién, significa una hazaña peligrosa. Para contarlos hay que hundirse en un lodazal de trochas, ríos, serpientes, insectos y ranas venenosas. No alcanzan los ojos para ver las discretas proezas de los buenos ni las oscuras masacres de los asesinos. No hay palabras suficientes, no alcanzan las cámaras, no hay antenas ni radios que basten para contar lo que pasa en un año de este país intenso, extenso, excesivo, exagerado.

Y, sin embargo, les tengo una buena noticia: también este año el periodismo colombiano ha hecho bien su tarea: aquí hay periodistas con una firme voluntad de averiguar la verdad, de descubrirla y divulgarla. El periodismo estuvo en los lugares más remotos y difíciles; hizo las preguntas incómodas; abordó sin miedo los temas más polémicos y complejos. A pesar de que hay mucho periodismo malo, los buenos hacedores del oficio lo mantienen vivo y saludable. Los leímos, los vimos, los oímos, nos enteramos de verdades ocultas que no conocíamos, nos hicieron rabiar, llorar, perder la esperanza, pero la recuperamos de nuevo al ver que hacían con valentía, constancia y seriedad lo que la sociedad les ha encomendado: ser testigos de la realidad, buscar la verdad y defender la libertad y la democracia.

El buen periodismo, ese incansable entrometido en los asuntos públicos, ese curioso e impertinente indagador, ese que trata de descubrir y señalar la mentira que nos quieren imponer la propaganda o la desinformación, existe en Colombia. Más allá del ruido de las redes, por encima del río revuelto de quienes se esconden entre las aguas turbias del exceso de información, el buen periodismo nos presenta lo que se puede sacar en claro, lo que se investiga con paciencia y herramientas científicas, intentando combatir con hechos la deformación o el sesgo amañado por los intereses, las noticias falsas, o la insoportable alharaca de aquello que se cree cierto tan solo porque muchos lo repiten. Sin pretender erigirse en juez, pues esa no es su tarea, el periodismo serio despeja, indaga, escarba, va al lugar de los hechos, analiza, sopesa y dice: ¡miren, miren!, esto es lo que podemos sostener y publicar porque lo hemos pasado por el tamiz del cuidado, por el cruce de fuentes, con sustento de pruebas documentales.

Al terminar la tarea de repasar un año entero mirando al país bajo los ojos del mejor periodismo, para premiarlo, el jurado quiere destacar la participación de medios universitarios, con producciones de alta calidad periodística y en formatos innovadores. Resaltamos también la participación y la calidad de los trabajos de medios nuevos, pequeños, regionales e independientes. No los menciono aquí porque en la entrega de los galardones van a saber a cuáles nos referimos.

[La gran mayoría de los trabajos evaluados evidencia la omnipresencia de la política como tema que domina la agenda nacional. Sin embargo, se presentaron temas impacto local que son también asuntos globales tales como como la movilidad humana (migraciones), violencias basadas en género (maltrato físico, económico o psicológico a mujeres), y la lucha por reconocer la plenitud de los derechos sexuales y reproductivos. En la avalancha de temas de conflicto y corrupción, hay periodistas que logran ver historias inspiradoras, y encuentran historias profundas en temas como el medio ambiente, la ciencia, la educación, las expresiones culturales viejas y nuevas. Y lo hacen con talento. Estas miradas deberían tener mayores apoyos y apertura en los medios.]

El periodismo colaborativo nos mostró este año que la unión de periodistas de distintos medios permite realizar mejores cubrimientos y trabajos de largo aliento. Ayuda también a algo muy importante, a protegerse recíprocamente frente a cualquier amenaza o intimidación. Sobre todo permite proteger a los periodistas más expuestos en las regiones más apartadas, que son quienes sufren si hablan ellos solos de los abusos de los poderes oficiales o de facto de las zonas del país más conflictivas y que más intimidan, destierran o directamente suprimen la vida de quienes ejercen su tarea señalando injusticias, abusos, inequidad, narcotráfico, corrupción o desastres ambientales.

Registramos también, por supuesto, algunas fallas y carencias en los trabajos recibidos. La ilusión de que en la web el espacio es ilimitado (quizá lo sea, pero no lo es la paciencia del lector) estimula la tendencia a querer contar todo, sin filtro, mezclando hechos importantes con datos prescindibles, lo fundamental con lo banal. Si se pierde el poder de síntesis y el texto se alarga en repeticiones o trivialidades, no tarda en llegar el desafecto de la audiencia, o su fuga. Sin autocrítica, o sin un trabajo de edición por parte de periodistas más experimentados, investigaciones importantes, buenos reportajes y crónicas, se pierden por las ramas de lo intrascendente. O se cae en algo peor: se juzga y se especula, se sienta una posición o una interpretación que no es tarea de quien escribe el trabajo. Cuando se fuerza una verdad que no ha sido encontrada, el activismo suplanta al buen periodismo, y se sacan conclusiones que intentan probar con palabras lo que la investigación no muestra ni mucho menos demuestra. Si se quiere que el periodismo sea una alternativa al ruido y a la deformación mediática que vive solo de énfasis, de frases de efecto o de indignación permanente, este no puede alejarse nunca del rigor de los datos y de los hechos, y no debe incurrir en la retórica de la especulación o el panfleto, que solo hacen daño.

Como ha denunciado la Comisión de la Verdad, no ha faltado en Colombia un periodismo cómplice con el poder o con las violencias, un periodismo encubridor de los horrores, a veces de un cuño, a veces de otro. No basta publicar o autopublicarse para creerse ya periodista. No basta una frase ingeniosa o injuriosa en un titular o en las redes sociales para erigirse en dueños de la verdad. La verdad es esquiva y hay que buscarla. Se requiere investigar con paciencia, hurgar con terquedad, averiguar y

verificar lo que se averigua, dedicarle concentración, lectura, calle y tiempo a las historias que importan y que es necesario contar. [En ocasiones hemos visto que la universidad y los medios universitarios les dan a sus periodistas en formación algo que los medios tradicionales no siempre conceden: tiempo. Hay que tener tiempo para indagar, para pensar, para escribir, para editar un buen programa de video o de radio. La rapidez es importante, pero no todo puede limitarse al frenesí de lo inmediato.]

Los premios que enseguida se van a entregar y celebrar, se les conceden a los periodistas que nos contaron con precisión, responsabilidad, inteligencia o belleza, lo bueno, lo malo, lo hermoso y lo horrible que ocurre en este país que no hay mañana que no se despierte con un escándalo o con un sobresalto. Por desgracia premiamos muchos más trabajos y análisis sobre lo malo y lo horrendo (lo execrable) que sobre lo bueno y heroico (lo ejemplar). Fue inevitable. Nuestra tarea no fue fácil, pero les puedo asegurar que la hicimos con pasión y alegría, concentrados, riendo y discutiendo, buscando acuerdos entre los desacuerdos, tratando de ser ecuanimes, de que no nos desviaran nuestros prejuicios, de que no nos cegara nuestra ideología, ni nuestros amores o resquemores, simpatías, antipatías, amistades o enemistades.

Este Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar es —no les quepa duda— el más importante de nuestro país y un ejemplo para todo el continente americano. Un jurado independiente se reúne sin presión alguna de los organizadores y patrocinadores. A los directivos del Grupo Bolívar vinimos a verlos, incluso a conocerlos, apenas hoy, cuando ya los premios estaban más que resueltos y asignados hace casi un mes. Las indicaciones de Silvia Martínez de Narváez durante las deliberaciones, eran solo técnicas, aclaraciones sobre las bases o las categorías de cada premio. Seguramente alguna vez habría querido opinar, pero siempre se mordió la lengua. Cuando en algún tema, medio o trabajo propuesto podía haber algún conflicto de interés, los jurados implicados nos abstuvimos de votar.

Termino con una reflexión más amplia: Hay en el buen periodismo una esencial desconfianza en el poder, sobre todo cuando este intenta esconder sus actos, sus motivos, o mezclarse subrepticamente con los negocios o ensuciarse con los negociados. Y hay algo que sería su desaparición y por lo tanto tiene que denunciarse con más ahínco: el abuso de poder, la intimidación o la persecución del poder. Para el periodismo independiente no hay nada peor que la persecución, el miedo y la obligación de repetir a ciegas una verdad oficial, así esta esté reñida con la realidad. Ustedes saben de qué les hablo, aquí y en otras partes. Pero este año esto se ha visto con más nitidez en otra región del mundo. Rusia desató una invasión y una guerra terrible contra un país vecino y soberano. En esa guerra han muerto unos doscientos mil soldados rusos y otros tantos ucranianos; también decenas de miles de civiles no combatientes. Se han disparado misiles, se han bombardeado centrales eléctricas, puentes, escuelas, teatros, hospitales. Empezando el invierno, buena parte de la población civil de Ucrania está sin luz, sin agua corriente y sin calefacción. Los

desplazados internos se cuentan por decenas de millones y los desplazados internacionales se acercan a los seis millones. Esta guerra terrible e injusta puede incluso desembocar en una guerra nuclear. Si esto no es guerra, ¿entonces qué es? Pero nadie en Rusia, ni ciudadanos independientes ni periodistas oficiales, nadie puede decir allá que esto es una guerra, porque el Estado se declara incluso dueño de las palabras, dueño de su significado y del lenguaje. Si alguien dice lo obvio y pronuncia la palabra “guerra”, es encarcelado o exiliado o como mínimo multado. Lo único que se puede repetir es la verdad oficial: “Operación Militar Especial” para desnazificar a Ucrania. Nada más temible que cuando el poder se erige en dueño de la verdad y del lenguaje. Debemos ser fuertes y estar siempre vigilantes en defensa de la democracia y de la libertad de pensamiento e información. Es nuestro deber, no solo como periodistas, sino como ciudadanos, que, por encima del miedo o la intimidación, algo así nunca ocurra en Colombia.